

El Estado absorbente

POR JOSE VASCONCELOS

El crecimiento inmoderado de los poderes y funciones del Gobierno, es, según Christopher Dawson—*Religion and The Modern State*—, el carácter más alarmante de la época moderna. En muchos aspectos nos hallamos en este sentido peor que bajo el Imperio Romano y en condiciones parecidas a las del despotismo de los pueblos asiáticos. A medida que el Estado se adueña de la economía nacional, se consolida un despotismo semejante al de las épocas más negras de la historia. Y la nueva situación encontraría alguna excusa si el régimen del Estado Totalitario acabase con la pobreza, pero lo que enseña la experiencia es que un Estado dominante, cargado de militarismo y burocracia, aumenta la pobreza general en vez de disminuirla.

Para los espíritus nobles del mañana, la lucha contra el Estado será el ideal por excelencia, como lo fueron en su momento la lucha contra el señor feudal y más tarde contra el poder económico de la Iglesia y contra los abusos de la Monarquía. El Estado Totalitario, lo mismo en Rusia que en Italia, es una de las formas del Anticristo, un triunfo de la materia sobre el espíritu.

En la actualidad, los agentes del comunismo internacional, disfrazados bajo el Frente Popular o Frente Unico, que no desdeña la compañía de liberales y capitalistas, siempre que se titulen izquierdistas, nos presentan, como dilema forzoso, la elección entre comunismo y fascismo. Proponerle esta cuestión a un hombre honrado, dice el comentarista norteamericano Everett Dean Martin, es lo mismo que preguntarle si quiere pasar el resto de sus días en la prisión de